

GLOSAS PEDAGÓGICAS

Diógenes aún anda, con su candil, por esos mundos, no sé si de Dios o del diablo, buscando un hombre.

No hay hombres; faltan hombres; padecemos inopia de hombres!...

Y es que faltan forjadores de hombres, artistas de hombres; en una palabra, maestros.

La rutina mísera, dejeneración del instinto—ley de la vida animal—es la norma de humanidad.

Un filósofo catalán, que, si no hubiera llevado este talar, sería mucho más ponderado, enseña, en un libro que habría de andar en mano de todos los estudiantes de habla española, que «la enseñanza tiene dos objetos: primero, instruir a los alumnos en los elementos de ciencia; segundo, desenvolver su talento para que al salir de la escuela puedan hacer los adelantos proporcionados a su capacidad.»

«Al primero, añade, alcanzan todos los profesores que alcanzan medianamente la ciencia; al segundo, no llegan sino los de un mérito sobresaliente. Para lo primero, basta conocer el encadenamiento de algunos hechos y proposiciones, cuyo conjunto forma el cuerpo de la ciencia; para lo segundo, es preciso saber cómo se ha construido esa cadena que une un extremo con otro; para lo primero, bastan hombres que conozcan los libros; para lo segundo, son necesarios hombres que conozcan las cosas.»

«La clara explicación de los términos, sigue diciendo el preclaro autor, la exposición llana de los principios en que se funda la ciencia, la metódica coordinación de los teoremas y sus corolarios, he aquí el objeto del que no se propone más que instruir en los elementos.»

«Pero el que extienda más allá sus miradas, y considere que *los entendimien-*

tos de los jóvenes no son únicamente tablas donde se hayan de tirar algunas líneas que permanezcan allí inalterables para siempre, sino campos que se han de fecundar con preciosa semilla, a éste le incumben tareas más elevadas y más difíciles. Conciliar la claridad con la profundidad, hermanar la sencillez con la combinación, conducir por camino llano y amaestrar, al propio tiempo de andar por caminos escabrosos, mostrando las angostas y enmarañadas veredas por donde pasaron los primeros inventores, inspirar vivo entusiasmo, despertar en el talento la conciencia de las propias fuerzas, sin dañarle con temeraria presunción, he aquí las atribuciones del profesor que considera la enseñanza elemental no como fruto, sino como semilla.»

«¡Cuán pocos, acaba, son los profesores dotados de esta preciosa habilidad!»

Es la habilidad del saber despertar energías, de saber aprovechar energías; que el trabajo es la ley del mundo.

El mito helénico de Hércules luchador habría de ser la historia de cada uno de los hombres.

El ideal del forjador de hombres, del artista de hombres, del maestro, ha de ser despertar estas energías, enseñar a aprovechar estas energías para que se cumpla la ley del mundo—el trabajo—dignificación y elevación del hombre.

La formación del hombre es una cosa completamente personal, individual, propiísima. Cada uno es hijo de sus obras, dice la sabiduría popular. Y muchos educadores creen que *ellos* son el *todo*, que, como los que hacen *obras muertas*, en el sentido estrictísimo de la palabra, la educación es un trabajo de construcción, por así decirlo, de superposición y combinación de elementos. Olvidan que el hombre es una *obra viva* y la vida es